

JUAN E. O'LEARY

CURUPAYTY

DISCURSO PRONUNCIADO EN 22 DE SEPTIEMBRE DE 1912
CON MOTIVO DE LA PEREGRINACIÓN PATRIÓTICA



BUENOS AIRES

Talleres Gráficos M. Rodríguez Giles, Estados Unidos 1719

1912

J. E. O.
989.20541
O'Leary
C. 16

CURUPAYTY

JEO

989.20541

Ol 1c

C. 16

JUAN E. O'LEARY

CURUPAYTY

DISCURSO PRONUNCIADO EN 22 DE SEPTIEMBRE DE 1912
CON MOTIVO DE LA PEREGRINACIÓN PATRIÓTICA



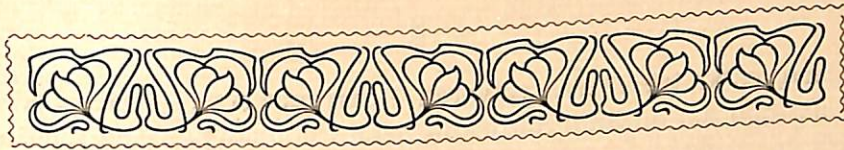
BUENOS AIRES

Talleres Gráficos M. Rodríguez Giles, Estados Unidos 1719

1912

COLECCIÓN
JUAN E. O'LEARY

4430 2.000 - 07 - 26 Colecc. Juan E. O'Leary Q. 15.000



CURUPAYTY

Señores :

Después de cuarenta y seis años, henos aquí congregados al pie de este baluarte de la defensa nacional, testigo un día de la victoria más completa de nuestras armas. Estamos en Curupayty, cumbre gloriosa de nuestro esplendor guerrero, y ante el espectáculo emocionante de este cuadro evocador, el pasado despierta, y parece como que escuchamos los ecos fragorosos de aquella máxima batalla en que cuatro pueblos hermanos, separados por la fatalidad del destino escribieron la página más sangrienta de la epopeya americana. Y es la juventud paraguaya, es la nueva generación, vale decir, el porvenir, la que viene hoy hasta aquí, á despertar á los muertos en sus tumbas olvidadas, para decirles que no fué estéril tanto sacrificio, que ella recoge, con orgullo el legado de sus mayores, y que aquella sangre vertida en defensa del terruño es la misma que alimenta su corazón y renueva en su alma las ciclópeas energías de la raza; que ella alienta todavía ese amor á la bandera que pareció extinguirse con el Héroe en las desiertas riberas de Aquidabán, y que antes que profanar sus cenizas la planta impura de algún conquistador extran-

jero, estas trincheras volverán á estremecerse, agitadas por el soplo del antiguo heroísmo, y en ese cielo azul, en medio de los relámpagos de una nueva batalla, volverá á brillar el viejo sol que este día derramó sobre ellos sus fulgores encendidos y puso sobre su frente un nimbo luminoso, que perdura en la historia y que «ningún viento apagará jamás»!... Es esa juventud que, como el lirio del poeta, nació de entre las grietas de una tumba; es esa juventud parida por el dolor de nuestra estirpe, sobre los escombros de la nacionalidad deshecha, al borde de un río de sangre y entre los crespones de un horizonte ennegrecido por la pólvora, la que hoy llega hasta aquí, y al pie de este altar del patriotismo entona por mis labios su oración :

«Padres nuestros que estáis en los cielos y que desde vuestra allura presidís los destinos de nuestra tierra, después de haberla salvado al precio de vuestra vida entre los horrores de una bárbara matanza: Santificado sea vuestro nombre, Cristos sublimes de un martirio más cruento que el que sufriera el hijo de Belén, á través de un Calvario más largo, en una cruz más espantosa, y en años, no en horas, de una agonía terrible, venga á nos en tu reino, descienda hasta nosotros una parte siquiera de vuestras enérgicas virtudes, imperen otra vez entre nosotros aquellos sentimientos tan implacables como puros, por los que hicisteis aquel sin igual sacrificio, cuyo solo recuerdo extremece al mundo y llena de asombro á las edades: hágase vuestra voluntad, así en el cielo como en la tierra, gozando de eterna ventura en vuestra vida inmortal y dando á vuestros hijos días de paz y de grandeza: el pan nuestro, pan de amor, de fraternidad y de justicia, dánosle hoy; y perdónanos nuestras deudas, perdona nuestros errores, ahora que veis cómo venimos arrepentidos á llorar nuestras faltas y á borrar con nuestras lágrimas nuestros locos extravíos; perdonádnos, vosotros que sois inmensos, como perdonamos nosotros, que somos pígemeos, todo el mal que nos hicieron y abrimos ge-

nerosos nuestros brazos á los mismos que ayer nos hirieron : y no nos dejes caer en la tentación, guiando nuestros pasos hacia el bien, hacia los encumbrados ideales del verdadero patriotismo, que solo vosotros conocisteis, librándonos de todo mal. Amén.»

Señores :

La oración está dicha. Ella, en este momento, atravesando el éter, nos une á esas constelaciones de almas que pueblan nuestro cielo. En comunión espiritual con aquellos soldados de hierro, á cuya armadura de gloria no hay orín que la corroa, y cuyo poderoso recuerdo flota sobre este campo, por un instante evoquemos el pasado :

Estamos en el extremo occidental del renombrado cuadrilátero, dentro de cuyos muros fuimos invencibles, y cuyos baluartes nunca se abatieron, mientras alentara en ellos un soldado paraguayo.

Pisamos lugares de leyenda, sitios de expiación, sugestivos escenarios de tragedias espantables.

Aquí está la famosa trinchera que, en menos de tres semanas de una labor estupenda, surgió como un milagro de entre las divinas manos del general Díaz, para servir de valla á la más recia acometida del poderoso invasor.

Allá, á lo lejos, está Humaitá, allá Paso Pucú, y más allá el Bellaco interminable, entre cuyos brazos duerme Tuyutí.

Curuzú se esconde detrás de ese sauzal : y allí, frente á vosotros, está el campo de batalla...

¡Cuántos recuerdos!

¿No escucháis el rumor de aquel encuentro de titanes?

¿No oís la voz de Díaz, resonando imperativa en medio del fragor de los cañones?

¿No llegan hasta vuestro oído los aires marciales de una diana vibrante y arrebatadora?

La batalla va á empezar.

Mirad con vuestro pensamiento el soberbio panorama de aquella tarde inolvidable.

Aquí, detrás de estas trincheras, esperan nuestros leones, ávidos de pelear, devorados por la fiebre de una ansiedad incontenible. Allá, los aliados, vestidos de parada, seguros del triunfo, se mueven orgullosos, en rigurosa formación, resplandecientes bajo los rayos del sol...

Allí, sobre el río, están Domingo Antonio Ortiz y Albertano Zayas, esperando el momento supremo, detrás de sus baterías. Pedro Gill en ese extremo, aquí Adolfo Saguier, y en aquel otro extremo Pedro Hermosa, acarician las negras bocas de sus enormes cañones. En todo este frente se extiende la infantería, acaudillada por el valeroso Antonio Luis González. Los largos y pesados fusiles de chispa están cargados y cebados. Sólo se espera la voz de mando para empezar la masacre. La caballería, en fin, comandada por el adolescente capitán Bernardino Caballero descansa allá impasible: los jinetes están al lado de sus caballos, que pifan agitados, como adivinando la gravedad de tan crítico momento.

Y, entre tanto, la escuadra imperial, que desde el amanecer ha estado vomitando andanadas de metralla, por más de cien bocas de fuego, sigue su tenaz como inútil bombardeo.

Díaz, allá, junto á la barranca, mira impasible los alarides impotentes del poder del invasor. Sereno, tranquilo, imperturbable, espera el instante en que ha de aplastar al enemigo. Sus líneas están mudas. Este silencio aumenta la audacia de los aliados que, convencidos de que nuestra artillería ha callado para siempre, se lanzan, en un ataque franco y á pecho descubierto, sobre nuestra formidable posición. Y cuando han entrado en la zona de acción de nuestros cuarenta y nueve cañones, emplazados en los veinte ángulos entrantes y salientes de la trinchera, el clarín de Cándido Silva anuncia que ha sonado la hora de matar...

Mirad como llegan los asaltantes, y cómo retroceden. Ved cómo se enredan entre los *abatices* y ruedan despedaza-

dos hasta los fosos. Mirad los estragos que hacemos en las filas enemigas!

El campo está rojo de sangre, y los que llegan apenas pueden avanzar en medio de los cadáveres. Pero el invasor, heróico y desesperado, cargó una y otra vez, hasta que al fin se convence de la inutilidad de su esfuerzo, retirándose precipitadamente y en espantosa confusión de aquel sangriento matadero humano...

Son las cuatro de la tarde. La batalla ha terminado. Diez mil caídos quedan al pie de nuestra trinchera, mientras el general Díaz, montado en su alazán de guerra, recorre sus líneas en triunfo, en medio de los gritos de entusiasmo de sus soldados delirantes, que le aclaman como á un Dios, pasmados de su genio y su fortuna!

Dos horas después, el sol se pierde en el ocaso, y se extiende sobre vencidos y vencedores, la melancolía de un fúnebre crepúsculo.

Volved la vista ahora hacia la lomada de Paso Pucú. El mariscal López se pasea bajo el amplio naranjal que da sombra á su cuartel general. Está nervioso y pensativo. Aquella victoria recién consumada, conjura el peligro, el inminente peligro que á muchos hiciera desesperar de la suerte de la Patria... Pero el enemigo sigue allí, siempre poderoso, mientras se van agolando nuestras postreras energías. El porvenir sombrío, iluminado por aquel rayo de luz, vuelve á espesar sus sombras, á raíz del triunfo, nublando la frente de aquel hombre colosal. Mas, allí está Díaz, cubierto todavía de polvo de la batalla. Apenas ha vencido, cuando ya corre á comunicarle personalmente aquella grata noticia, adornándola con los colores de su cálida verba de soldado. Y ya lo sabéis: un banquete suntuoso festejó, en aquella histórica noche, la gloria alcanzada por el hijo humilde de Pirayú, banquete de héroes, como los que celebraban los adalides de Homero, y en el que se dijo realmente el Horóscopo del general Díaz, en aquellas palabras del mariscal Ló-

pez que le prometían una vida perdurable en el corazón de sus compatriotas!

¡Cuántos recuerdos, señores!

Si pudieran hablar ese manso río, esta selva y este campo!

Si la tierra revelase sus secretos, si las tumbas dijese lo que saben, si los que aquí duermen volviesen á la vida para referirnos su anónimo heroísmo!

Yo quisiera contaros todo lo que me dicen en su mutismo estos sagrados lugares y todo lo que sé del drama de nuestra guerra, siguiendo á Díaz en el curso de su vida, desde Romero Guazú en que recibió su bautismo de sangre, hasta la hora nefasta en que una bala brasileña puso fin á su brillante carrera. Yo os referiría los rasgos cuasi fabulosos de su audacia sin límites, haciendo desfilar ante vuestros ojos los episodios legendarios de su acción guerrera. Yo os mostraría cuánta fué su fortuna, su intrepidez, su actividad y su genio, para que midierais la desgracia que su trágico fin representó. Pero sólo para estudiar la catástrofe final de su existencia necesitaría platicar durante días enteros, si quisiera explicaros sus secretos pensamientos, aclarando aquella última aparente pueril expedición, aquel inconcebible viaje por el río hasta dos pasos de la escuadra enemiga, y luego después la serenidad de su agonía, su entereza ante la muerte...

Felizmente, no hace falta que yo os hable de este hombre, ni que os diga lo que fué, ya que la profecía se ha cumplido y el vencedor de Curupayty vive en nuestro corazón, en toda la integridad de su grandeza!

Señores:

Hemos venido en peregrinación á estos lugares santificados por nuestro heroísmo, á dejar constancia de nuestra admiración imperecedera y de nuestra gratitud sin límites hacia los mártires de aquella gran cruzada en defensa de nues-

tro suelo natal amenazado por más de medio continente. Y es para mí un señalado honor traducir los sentimientos de la juventud colegial, que ha querido que yo le represente. Dios permita que mañana volvamos otra vez, pero para inaugurar la estatua ecuestre de nuestro gran soldado, que fundida en bronce resonante, señale eternamente, desde su alto pedestal, el campo de batalla en que recogiera su última corona de laurel!

He dicho.



TETĀ
ARANDUPY
SĀMBYHYHA
SECRETARÍA
NACIONAL
DE CULTURA

TETĀ REKUÁI
GOBIERNO NACIONAL
Jajapo ñande raperã ko'ãga guive
Construyendo el futuro hoy

B BIBLIOTECA
NACIONAL

Departamento de Digitalización

De la Residenta, Asunción - Paraguay

Contáctenos

Telef. 021 204 670 Cel. 0972 379 001

biblioteca.nacional.py@gmail.com